



La Santa Sede

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II DURANTE LA MISA DE INAUGURACIÓN DEL CURSO EN LAS UNIVERSIDADES ECLESIASTICAS ROMANAS

Viernes 20 de octubre de 2000

1. *"Para alabanza de su gloria" (Ef 1, 11. 14).*

Esta expresión de san Pablo, que acaba de resonar, nos brinda la perspectiva y el sentido de esta celebración, con la que inauguramos el año académico de las universidades eclesíásticas romanas. Desde el comienzo, *queremos ofrecer todo a Dios y orientarlo para su gloria: la enseñanza, el estudio, la vida colegial, el tiempo de trabajo y de distracción, y, principalmente, la vida personal, la oración, la ascesis y la amistad.* Esta tarde queremos poner todo nuestro ser y nuestra actividad en el altar del Señor, a fin de ofrecerlo como sacrificio espiritual "para alabanza de su gloria".

Amadísimos hermanos y hermanas, a todos vosotros que os habéis reunido para esta tradicional cita, os dirijo mi cordial saludo, comenzando por monseñor Zenon Grocholewski, prefecto de la Congregación para la educación católica, que preside esta eucaristía. Saludo, asimismo, a los rectores de las universidades, a los miembros del claustro de profesores y a los responsables de los seminarios y de los colegios, en los que vosotros, estudiantes, encontráis hospitalidad y ayuda en vuestro itinerario de formación.

Doy una bienvenida especial a los alumnos que inician este año sus estudios en las universidades y en los institutos pontificios de Roma. Quisiera que cada uno de vosotros tomara conciencia del don que representa la posibilidad de perfeccionar los estudios en Roma y, al mismo tiempo, se diera cuenta de la responsabilidad que implica este privilegio. En efecto, estáis llamados a profundizar la formación *con vistas a un servicio eclesial cualificado.* Por esta razón, la Roma cristiana os acoge con sus instituciones culturales, muy consciente de su vocación universal fundada en el testimonio de los Apóstoles y los mártires.

2. "Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor, el pueblo que él se escogió como heredad" (*Sal* 32, 12). ¡Cómo no ver a *la Iglesia en esta "nación" singular*, cuyo Dios es el Señor! Ella es el pueblo "congregado por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo", según la célebre expresión de san Cipriano (cf. *De Orat. Dom.* 23: *PL* 4, 553).

Vosotros, queridos hermanos, procedéis de diversas naciones de la tierra. Vuestros rostros forman en esta basílica un "mosaico" estupendo, en el que las diferencias están llamadas a armonizarse para delinear una comunidad, que *recibe su forma del único Espíritu de Cristo*. "En él también vosotros -nos ha dicho san Pablo-, que habéis escuchado la verdad, la extraordinaria noticia de que habéis sido salvados y habéis creído, habéis sido marcados con el Espíritu Santo" (*Ef* 1, 13).

Al comienzo de un nuevo año de estudios, es importante que cada uno de vosotros vuelva a sus raíces y, a través de ellas, se remonte a Cristo, en quien estas diferencias se funden *para que lleguemos a formar una sola comunidad*. Es hermoso reconocer y profesar que somos Iglesia, "nación cuyo Dios es el Señor", pueblo que él se escogió de entre todas las naciones, para que sea en el mundo como un "sacramento" de la unidad del género humano. *No perdáis jamás este profundo sentido del misterio de la Iglesia a la que pertenecéis*. En efecto, ella constituye el ambiente vital de la auténtica formación cristiana; en comunión con ella queréis cumplir vuestro compromiso de estudio.

3. "¡Cuidado con la levadura de los fariseos!" (*Lc* 12, 1). En la página del evangelio que acabamos de proclamar Jesús alerta a sus discípulos contra la actitud hipócrita de quien se engaña creyendo que puede presentar cosas malas con una apariencia honrada. El Señor nos recuerda que todo está destinado a salir a la luz, incluso las cosas escondidas y secretas. Además, exhorta a los suyos, a quienes llama "amigos", a no temer nada ni a nadie, sino sólo a Dios, en cuyas manos está nuestra vida. Aunque la invitación a temer "al que tiene poder para matar y después echar en el fuego" (*Lc* 12, 4) infunde un saludable temor, inmediatamente después conforta la descripción de Dios que cuida de todas las criaturas y, con mayor razón, de los hombres, que son valiosísimos a sus ojos.

El tema de la absoluta transparencia de todo y de todos en presencia de Dios unifica las dos partes de la perícopa evangélica de hoy. Se trata de un elemento esencial de la *relación filial con Dios* que predicó Cristo, perfeccionando la revelación de la antigua Alianza.

Queridos profesores y estudiantes de las universidades eclesiósticas, si se considera atentamente, vuestra tarea prioritaria es la misma que la de Jesús: *conocer y dar a conocer la auténtica imagen de Dios*. "Que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo" (*Jn* 17, 3): en esto consiste para los hombres la vida eterna, y por esto el Hijo de Dios vino al mundo, para que "tengan vida y la tengan en abundancia" (*Jn* 10, 10).

Al comienzo de un nuevo año de estudios teológicos o, en cualquier caso, eclesiásticos, esta página del evangelio de san Lucas nos ayuda a explicitar la referencia fundamental a la misión de Cristo y al sentido de su encarnación: de ella recibe luz y fuerza también la misión de cada uno de vosotros, en la diversidad de los carismas y de los ministerios.

4. Amadísimos hermanos y hermanas, hoy quisiera repetir las palabras del concilio ecuménico Vaticano II en la declaración *Gravissimum educationis*: "La Iglesia espera mucho del trabajo intenso de las facultades de ciencias sagradas" (n. 11). En verdad, cuenta mucho con la obra que se realiza diariamente en cada una de las universidades pontificias. En particular, como Obispo de Roma, deseo expresar *mi aprecio y mi gratitud* por el trabajo de los superiores, de los profesores y de los responsables de las instituciones eclesiásticas de Roma. Vuestra iniciativa, queridos hermanos, unida al elevado nivel científico y a la segura fidelidad al Magisterio, manifiesta vuestro amor a Cristo y a la Iglesia y, diría, el auténtico espíritu misionero con el que servís a la verdad.

En vísperas de la Jornada mundial de las misiones, me complace subrayar que el trabajo de cuantos enseñan y estudian en las facultades eclesiásticas no está separado ni mucho menos en contraste con el de quien trabaja, por decirlo así, "en la vanguardia". Todos estamos al servicio de la verdad, que es el Evangelio de Cristo Señor. El Evangelio, por su misma naturaleza, exige ser anunciado, pero *el anuncio supone un sólido y profundo conocimiento del mensaje*, para que la evangelización sea servicio eficaz a Dios, a la verdad y al hombre.

Queridos hermanos, que la Madre del Redentor, *Sede de la sabiduría*, vele por vosotros y por los compromisos de este año académico que comienza. María es imagen y modelo de la Iglesia que acoge la Palabra divina, la custodia con amor, la pone en práctica y la lleva al mundo. Que su asistencia materna sea para cada uno de vosotros fuente de renovada motivación y de continuo apoyo en el empeño, para que todas vuestras actividades tengan siempre en Dios su origen y su coronación, "para alabanza de su gloria". Amén.